

Competitividad y desarrollo local

Sergio Berumen

Editorial ESIC, 2006

ISBN: 978-84-7356-432-8

El libro del profesor Berumen nos introduce en el fascinante mundo de la competitividad a nivel local y regional. Pese a la creciente importancia de la cuestión en la literatura de la ciencia regional durante los últimos 15 años, todavía son relativamente pocas las aportaciones existentes en torno a la cuestión. Muchos de los estudios de competitividad regional son ofrecidos por instituciones internacionales como la OCDE o el DTI del Reino Unido. A nivel académico todavía existe una cierta escasez de trabajos que ayuden a formalizar y ordenar las ideas que, por el contrario, buscan profusamente utilizar y promover los organismos y administraciones regionales. De aquí que el libro resulte sumamente pertinente, porque busca la conexión entre las ideas teóricas establecidas por la literatura científica en los últimos años con las necesidades concretas de desarrollo que buscan los agentes locales, empresas y administraciones.

Los motivos del retraso relativo de los estudios sobre competitividad y desarrollo local provienen de la conjunción de dos factores. El primero de ellos es la aparición tardía de la competitividad como tema económico. Hasta hace unos pocos años la competitividad no formaba parte de los temas habituales de conversación entre los economistas o los responsables de la política económica e industrial. Por ejemplo, en la España de los 80 se hablaba de las economías más avanzadas, de la integración europea, de la crisis de los 70, del crecimiento y la productividad, de la negociación colectiva, de la política monetaria y el control de la inflación, por poner sólo algunos ejemplos. La competitividad no figuraba como tal en los diccionarios económicos. Hoy, por el contrario, y desde hace poco, hablar de competitividad se ha convertido en una referencia obligada para muchos analistas, economistas, y, sobre todo, políticos. Fueron los años 90 los que conocieron el surgimiento de esta cuestión de apariencia ambigua, extraña, casi intangible. Aún sin definirse muy claramente la cuestión, desde el ámbito de la Economía de la Empresa y de ciertos trabajos meta-empresariales como el famoso de Michael Porter en 1990, «la ventaja competitiva de las naciones», se consiguió que el mundo económico tuviese que ubicar o, en su caso, desechar la competitividad como tema económico. Se trataba de conjugar los elementos de la ortodoxia económica con aquellos provenientes de algo que parecía más una moda que un *corpus* estructurado con un claro contenido propio. Se trataba de introducir en el mundo de la «economía» una cuestión que parecía exclusivamente propia del mundo de la «empresa» (desde otro punto de vista se trataba de ver si po-

día enseñarse en las facultades de Económicas algo análogo a lo que se enseñaba en las facultades de Empresariales).

La idea surgió a raíz de la internacionalización de las economías y de una nueva percepción de los procesos de especialización. Los países y las regiones podían albergar sectores altamente productivos y capaces de vender en mercados exteriores, o podían mantener a empresas en proceso de ser apartadas de los circuitos internacionales. La capacidad competitiva de las empresas de un país era el mejor reflejo de la posición competitiva del país en sí. Además, el comercio internacional se establecía desde hacía mucho tiempo como principal indicador de dicha posición: el déficit o el superávit comercial, las cuotas de mercado, así como la capacidad exportadora medida en tipos de cambio y precios relativos, se utilizaban como indicadores de la competitividad. La traslación de la competitividad empresarial al mundo económico se empezó a realizar utilizando el comercio internacional como vehículo; un vehículo que, con pasajeros distintos, está en marcha desde los albores de la teoría económica. Los economistas siempre han intentado explicar el origen de la riqueza de las naciones y el por qué unas triunfan y otras no. De aquí la importancia de las teorías de comercio internacional. En ellas, la competitividad aparecía como un resultado comercial y macroeconómico. Sin embargo, en los últimos años ha surgido la necesidad de adoptar enfoques más «microeconómicos» y menos «macroeconómicos». La competitividad requiere un análisis de las variables que influyen en la capacidad de las empresas para crecer, exportar, invertir, ganar mercados, etc. Las condiciones en que operan los factores de producción, la dotación tecnológica o la propia política industrial tienen hoy mucho que decir sobre la competitividad de una economía y de una industria. Las relaciones comerciales son un exponente de la competitividad, una parte fundamental, pero no el todo. Se puede ser competitivo en materia de comercio, pero también en I+D, en redes de transporte, en sistema educativo, en servicios avanzados, en empleo o en tecnologías de la información y la comunicación (TIC). La competitividad económica supera ampliamente los ámbitos estrictamente comerciales. E igualmente la competitividad no debe quedar ceñida exclusivamente al ámbito de la empresa (en el nivel más «micro») o de los países (en el nivel más «macro»): se puede hablar de competitividad de sectores, industrias o grupos productivos, descender al nivel regional, urbano o de distritos, o ascender al nivel de las grandes áreas de integración económica como la Unión Europea.

El surgimiento de la cuestión también tiene que ver con el auge de la globalización desde mediados de los 80 hasta nuestros días. Las implicaciones de la globalización para la competitividad son claras. Para las empresas supone la aparición de más posibilidades de actuación, más competencia, más recursos disponibles, más rivalidad, más mercados en definitiva. Para los gobiernos la globalización impele a adoptar una apuesta decidida por las relaciones internacionales, una asunción de la menor capacidad de maniobra que se produce, una coordinación de políticas con otros países, etc. Para los ciudadanos, la globalización les facilita acceder a más bienes y servicios a mejor precio, y les predispone a aceptar la presencia de lo extranjero como una realidad cotidiana. Pero la globalización también trae nuevos retos. Las regiones o países que no estén preparados para afrontarla corren el riesgo de quedar excluidos

de sus ventajas, e iniciar un camino de ostracismo y decadencia. La globalización ha puesto de actualidad la competitividad.

Existe un segundo motivo que explica el cierto retraso de la investigación de estos temas y, por tanto, la pertinencia del libro que nos ocupa. La atención suscitada en los investigadores en torno a las probables interrelaciones entre posiciones empresariales y posiciones nacionales dentro del nuevo contexto global alimentó la cuestión de la competitividad desde el punto de vista político. Los gobernantes se encontraron con una excusa ideal para adoptar políticas impopulares, recurriendo a la necesidad de competitividad y, por el mismo motivo, evitar políticas populares de elevado coste. La competitividad se convirtió a menudo en un cliché para defender posturas preestablecidas, y ejecutar políticas difícilmente justificables. Por otra parte, en 1993 y 1994 Krugman lanzaba diatribas contra los defensores de la competitividad. Se encargó de poner bajo sospecha que la competitividad como tema aportara valor añadido suficiente al conocimiento económico y por el contrario, denunció que en muchas ocasiones era una tapadera para camuflar otras intenciones o esconder los problemas reales de la economía. Sin embargo, después de Krugman han sido aún más numerosos los economistas que han escrito artículos y libros sobre la competitividad. Lejos de zanjar la cuestión, Krugman, a su aparente pesar, la ha abierto aún más.

En su célebre y controvertido artículo sobre competitividad, Krugman (1994; «Competitiveness: a dangerous obsession». *Foreign Affairs*, March/April 1994) señala acertadamente algunos de los objetivos ocultos de muchos de los defensores de la competitividad. En ocasiones se presenta la competitividad como solución para eludir problemas de otra índole (ej., rigidez de los mercados de trabajo, déficit público, inestabilidad cambiaria). La competitividad puede convertirse en un mito al que dirigir todos los problemas y, desde luego, un ámbito en el que pocos discutirán la oportunidad de las acciones recomendadas. En otras ocasiones la «competitividad» no es más que un término más cómodo y aceptado por el gran público que el de «productividad», significando lo mismo en última instancia. Por último, hay quién usa la «competitividad» como excusa para adoptar políticas proteccionistas. Para Krugman, *«la competitividad es una palabra sin significado cuando se aplica a las economías nacionales. Y una obsesión por la competitividad es errónea y peligrosa»*. Esta afirmación tan rotunda se apoya en tres elementos clave: 1) la economía nacional no funciona como la economía de una empresa; 2) el debate sobre competitividad, se reduce, en el mejor de los casos, al debate sobre productividad; y 3) el comercio entre naciones no es un juego de suma cero. También existirán una serie afirmaciones menores que vienen a apoyar su conclusión final. El intenso debate desarrollado por otros autores y por él mismo, más allá de las diatribas, se centra, no tanto en la discusión de los tres supuestos básicos referidos, sino en el porqué y hasta qué punto puede deducirse de dichos supuestos una prevención radical hacia la competitividad como tema de debate económico e impulsor de medidas de política económica.

Dentro del debate sobre la conveniencia o no de utilizar la competitividad en la investigación económica (ver más detalle en mi trabajo anterior Rubalcaba, 2002 «Competitividad y bienestar de la economía española». Ediciones Encuentro, Madrid), el plano regional y local es el que más consenso suscita. En realidad, las críti-

cas de Krugman a la competitividad tienen su validez en espacios grandes donde se cumple una serie de condiciones. Por el contrario, en espacios económicos más pequeños, nos encontramos más cercanos a lo que es la economía de una empresa y por tanto, la aplicación de instrumentos analíticos empresariales en planos superiores mantiene una mayor validación. El estar más o menos cercano a uno de los espacios depende de factores muy diversos: el tamaño del mercado y su organización, el grado de concentración empresarial y espacial de la industria, la dependencia externa, y la movilidad de los factores productivos dentro del entorno. Muy probablemente los efectos positivos del «todos ganan» se identificarán mejor en amplios mercados como el de los Estados Unidos, o en sectores poco concentrados espacialmente y poco dependientes del exterior (ej., en porcentaje del PIB debido al comercio internacional), o con una gran movilidad de factores capaz de que la crisis de un sector o región sea absorbida por el auge producido directa o indirectamente en otros sectores y regiones. Los juegos de suma cero se podrán producir con más facilidad en aquellos sectores y países con mercados más estrechos, estructuras más concentradas, y poco diversificadas y muy dependientes del comercio exterior, condiciones que en la práctica se pueden asociar a muchas economías locales y regionales.

Con esta reflexión creo que queda manifiesta la pertinencia de estudiar la competitividad en contextos como el que propone el profesor Berumen. A continuación presentaré un resumen de lo que a mi juicio son los principales aciertos y debilidades del trabajo. En el lado de los aciertos, además de la pertinencia ya justificada, conviene señalar lo adecuado del enfoque metodológico. Éste combina las formulaciones teóricas que resumen muy apropiadamente la literatura sobre el tema, como aplicaciones prácticas para el mundo empresarial o agentes de promoción regionales. Frecuentemente presenta los temas como si de un manual docente se tratara, pero no renuncia a realizar aproximaciones propias fruto de un trabajo serio de investigación. En la literatura citada y de referencia no faltan los grandes autores del cambio tecnológico, las economías externas y, como no, los determinantes de la competitividad: Pavitt, Soete, Krugman, Schumpeter, Porter. Desde un punto de vista teórico, el libro tiene la gran virtud de apostar por un enfoque neoshumpeteriano y sistémico, probablemente el más adecuado para afrontar este tipo de temas, lo que queda de manifiesto desde las referencias a las teorías de Lancaster, para las que el comercio depende de atributos que pueden interpretarse en sistemas multifunción, hasta la presentación de los factores determinantes de la competitividad sistémica. En el plano práctico, el libro gustará a aquellos que esperen en él encontrar las imperdibles referencias a los clusters y sus principales claves interpretativas.

En el lado de los puntos débiles me permito señalar la falta de una introducción y unas conclusiones que permitan al lector abordar y retener, respectivamente, los principales aportes del libro y sus conclusiones. También se echa de menos una revisión más crítica y explícita de las ideas neoclásicas contrarias a considerar la competitividad nacional o local en claves similares a las de la competitividad empresarial, teniéndose que conformar el lector con aceptar la crítica implícita con las que terminan los primeros capítulos, al proponer el enfoque sistémico o neoshumpeteriano como el más adecuado para entender la competitividad. Por último, la máxima que se defiende al principio del libro al hacer valer lo *glocal*, pensar global, actuar local, creo

que no se ajusta adecuadamente al enfoque metodológicamente utilizado, donde la dirección contraria, pensar local, actuar global, tendría igual o mayor cabida. En todo caso, ninguna de estas consideraciones menores empañan los logros del libro.

El trabajo reseñado es digno de lectura por especialistas en ciencia regional, estudiantes, profesionales y responsables de administraciones regionales. Por esta combinación de variados potenciales lectores no es de extrañar que el trabajo haya sido publicado por ESIC: en las escuelas de negocios el libro puede encontrar una gran acogida. El libro resultará útil para los ejecutivos de empresas que quieran obtener una formación teórica sobre el entorno en el que operan. En todo caso, el mayor valor del libro es que provee unas bases teóricas excelentes para diseñar, promover y evaluar las políticas tendentes a mejorar el desarrollo local y la búsqueda de la competitividad como medio para conseguirlo.

Luis Rubalcaba Bermejo
Profesor de Política Económica
Universidad de Alcalá, Servilab y RESER